

EL FACTOR POLACO

A parte de Chopin, «Quo Vadis», Pacto de Varsovia, Papa y Polanski, la cultura española desconoce casi todo de Polonia. La identifica con su legendarismo y no porque fuera mil veces violada por sus insaciables vecinos. Como le sucede con todo lo que ignora, España desprecia la aportación de Polonia al renacimiento del espíritu europeo cuando despertó su conciencia nacional. Considera humillante que las tropas españolas en Iraq estén bajo mando polaco y que Aznar, en su oposición al proyecto constitucional de la UE, busque apoyo en un desconocido colega polonés.

La universidad de Cracovia rivalizaba con la Sorbona cuando las de Salamanca y Alcalá de Henares no habían sido fundadas. En los dos siglos de oro de la Monarquía electiva, la Dieta polaco-lituana era el Parlamento más libre de Europa. La doctrina de que el rey reina pero no gobierna fue creada, contra Segismundo III, en un discurso del príncipe Zamoyski. Antes de que ningún pueblo tuviera una Constitución política, los patriotas polacos pidieron a Rousseau, durante la tregua de una guerra con Rusia (1772), el proyecto de «Gobierno de Polonia», de inspiración nacionalista y federal, donde el filósofo expresó ideas más modernas que las del «Contrato social». Ideas que no se aplicaron porque al año siguiente tuvo lugar la enésima perdición de Polonia.

Napoleón restauró la nación polaca, con el Gran Ducado de Varsovia, tras siglo y medio de repartos entre Rusia, Suecia, Prusia, Hungría y Austria, hasta que el Congreso de Viena la volvió a repartir. El pueblo polaco idealizó a Francia y ésta lo puso bajo su protectorado. El héroe de la insurrección armada, el dictador Kosciuszko, unió su nombre, en los cantos de los poetas, al de los legendarios príncipes Jagellon y Sobieski. El tratado de Versalles de 1919 le dio paso al Báltico por el pasillo de Danzig, cuya ocupación por Hitler motivó la guerra mundial.

En «El Libro de los peregrinos poloneses» del gran Mickiewicz, un clásico en la literatura europeísta de las revoluciones de 1848, la Libertad juzgó a las Naciones: «Cuando yo era atacada, te he gritado, nación, para tener un trozo de hierro por defensa y un puñado de pólvora, y tú me has dado un artículo de gaceta. Cuando estaba en la pena y la miseria te he pedido, nación, la protección de tus leyes y socorros, y tú me has dado ordenanzas. He venido a ti bajo el hábito de estos peregrinos y tú me has despreciado». «Hoy, ¡Occidente muere de sus doctrinas!». Leídos bajo el franquismo, estos versos secuestraron mi juvenil confianza en Europa.

El nombre de Rosa Luxemburgo estará siempre unido a la historia del socialismo humanista. Científicos y filósofos polacos ocupan posiciones de privilegio en la cultura europea. Arquitectos y escultores poloneses dieron personalidad occidental a las abstracciones geométricas del arte bolchevique. Y no es casualidad que la liberación de la dictadura la comenzara un sindicato católico



nacido en Danzig con el nombre de Solidaridad. Pues la función victimaria de los gobiernos-títeres de Polonia tuvo la misma importancia, para la cristalización romántica de la solidaridad europea, que la de los otomanizados jerifaltes griegos. Aunque, todo hay que decirlo, la resistente Varsovia no es la Ciudad Santa que reclaman los católicos, a causa de su espantosa historia antisemita.

España y Polonia buscan protección más al Oeste de sus alianzas tradicionales. Desconfían de Francia no porque tengan motivos propios para ello, sino porque sus gobernantes han asumido los ajenos. Lo cual no deja de ser signo de propensión a una nueva servidumbre atlántica. Son fáciles de manipular los temores polacos, hoy injustificados, a Rusia. Pero resultará difícil desarraigar de sus tradiciones populares la lealtad a Francia. Su alianza con España en política exterior no crea una identidad de intereses económicos que pida extenderla a la política interior europea.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

EL SENTIDO DE LA VIDA

Ayer, el Desfile, la Fiesta Nacional. Despliegue en las calles de Madrid. Actos solemnes, sentidos, majestuosos. Pero en el aire esta vez está el recuerdo doloroso del asesinato del sargento Bernal y la muerte del capitán de navío Martín-Oar. Ambos han fallecido en el cumplimiento de sus deberes y eso para otro militar, como es el padre de José Antonio Bernal, da sentido a la vida que eligió su hijo. Puede que para muchos, aun a estas alturas, sea difícil comprenderlo. No sé, estamos en el siglo XXI y la palabra patriota todavía parece teñida injustamente de un no sé qué de desprecio en ciertos círculos. Sin embargo, Bernal padre lo dijo muy claro: sabe lo que es la patria y sabe lo que implica servir-la. José María Aznar pronunció esta palabra en público y lo hizo con orgullo. El presidente sentía orgullo también por haber hablado con

un hombre de la talla del padre de Bernal. «Una conversación que no olvidaré en mi vida», dijo. No hace falta saber más, pues conociendo lo que piensa este ilustre capitán en la reserva del Ejército del Aire tras el golpe de la muerte de su hijo y la categoría con la que lo ha encajado en público, se comprende que Aznar se expresara así. Ahora bien, todo esto no debe hacer olvidar al Gobierno que a esta familia se le debe una explicación sobre las verdaderas causas de la muerte de su hijo que, hoy por hoy, no están nada claras.



Luisa PALMA



LAS ELECCIONES CALIFORNIANAS

El reciente triunfo de Schwarzenegger en las elecciones a gobernador del Estado de California ha levantado una montaña de comentarios. Algunos, sorprendidos—aunque el resultado estaba cantado—y en su mayoría, críticos. Pero, frente a esta perplejidad, yo señalaría que lo ocurrido resulta muy coherente con el actual funcionamiento de la democracia. Es decir, no con lo que en teoría es la democracia, y en su realización debería ser, sino con la degradada caricatura que con el nombre de democracia sus beneficiarios y manipuladores venden a la opinión pública, en los grandes foros internacionales. Y añadiría que este episodio es, también, muy expresivo de los rasgos dominantes de nuestra sociedad y de la política que en su marco se desarrolla. Incluso podríamos afirmar que esta victoria del actor es ejemplar. Es un ejemplo vívido de la manera en que política y sociedad tienden a funcionar en nuestro mundo, en el «democrático» Primer Mundo, y representa un contraejemplo del modo en que las cosas deberían producirse en una sociedad regida por ideales de justicia y racionalidad.



Lo primero que se puede comentar críticamente es la escasa participación. Una lectura asaz precipitada observaría que esta participación se cifra en la del sesenta y ocho por ciento. Pero, como es bien sabido,

en los Estados Unidos de América no basta con ser ciudadano para ejercer el derecho de votar, sino que es preciso inscribirse previamente, lo cual segrega a una parte importante de la población. Y ésta es una de las limitaciones que impiden que los EE UU puedan ser considerados como una auténtica democracia y que sea sostenible que los cargos electos representen la voluntad mayoritaria de la ciudadanía. De hecho en estas elecciones sobre 35 millones de habitantes del Estado sólo se han registrado 15,4 millones, es decir, menos de la mitad de la población. Y, si tenemos en cuenta, que del 78 por ciento de tales posibles electores que han ido a las urnas Schwarzenegger ha obtenido una votación del cuarenta y ocho por ciento, resulta, que ha ido elegido por menos de la quinta parte de la población que va a gobernar.

Pero, seguidamente, hay que preguntarse por qué este sector de votantes, aunque sea reducido, ha elegido a un personaje tan insólito en la política, un alienígena para este mundo en que se ventila el gobierno de los asuntos públicos. Diversos comentaristas han aducido el cansancio de la opinión pública ante los políticos de profesión. Y es éste un fenómeno cierto, en importante medida justificado por la degradación de la clase política. Pero tal cansancio no se ha dirigido hacia la elección de un técnico, un científico o un renovador de la vieja política, hacia una persona dotada de un cerebro capaz, sino hacia la extraña elección de Mr. Músculo. Un personaje de caricatura, cuya deformada apariencia, de figura de barraca de feria o de «ninot» de las fallas valencianas sólo puede ser admirada por una sensibilidad que ha perdido el sentido de la estética.

¿Por qué Mr. Músculo irrumpió con éxito en el escenario de la política? Precisamente por el término que acabo de utilizar, porque la política se ha convertido en un escenario, dejando de ser un ágora de debate. Al respecto ha dicho Harry el Sucio que no es de extrañar que los actores se dediquen a la política, ya que la mayoría de los políticos quieren ser actores. Y aquí se descubre el gran fenómeno. La desvirtuación de la política, que deja de ser un ejercicio de reflexión para convertirse en una gran farsa, de baja calidad teatral. Porque lejos de descubrir las profundidades de lo real, como el gran teatro, lo que hace es ocultarlas y seducir con elementales recursos a los espectadores-votantes.

Y en el caso que comentamos es un factor agravante que dicha seducción opera a través de la irradiación y asimilación de los mecanismos más primarios, que la filmografía de Schwarzenegger cultiva, la violencia, la fuerza, la tecnología convertida en rudimentaria fantasía. Los mecanismos por van troqueando unas masas degradadas y domesticadas. Y un mundo que prima el músculo sobre el cerebro, la fuerza bruta sobre la razón.

Carlos PARÍS